

Jaime Espinal

Skudmart: química con la muerte



Fondo Editorial
Universidad EAFIT

SKUDMART: QUÍMICA CON LA MUERTE

Primera edición: octubre de 2006

Vigésima primera reimpresión: febrero de 2022

© Jaime Espinal

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 #7 Sur 50, Medellín.

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

Gestor empresarial: Jorge Hernán Mesa Cano

ISBN: 978-958-8281-44-5

Ilustración de carátula: Rafael, *Alegoría*.

Florencia. Depósito de la Superintendencia
para los bienes artísticos e históricos.

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Funeral	9
Como a un sapo	11
Dos conductores	14
Nuevo tanatopraxista	17
Metodología cero empaques	22
El gel del fútbol y el noni	25
Nuevo reto	28
La investigación	31
Como toallas higiénicas	35
Nada de nada	42
¿Qué es un plan de negocio?	46
Contar	52
El doctor	53
Los quinientos	57
Diez añitos	60

Primeros quince	66
¡Tutaina!	
(Tuturumá)	70
Rápida y mortal	77
Correrías de perro hambriento	80
Murphy en acción	85
®	90
Para el canal infinito	92
Eternal rest	94
¿Y eso con qué se come?	97
Thriller	99
Un péculo para el orto	101
Pits	106
¿Al fin qué c#!⊗&\$ñ%o es un plan de negocio?... ..	108
700-2	121
Caos	125
Maracanazo	127
... pero no revueltos	132
Ágora now	134
Riiiiiiiiiiiiing	136

“Yo fui lo que tú eres. Tú serás lo que yo soy”

Epitafio a la entrada de un cementerio

Funeral

—¡No se lo lleve! ¡Por favor, no se lo lleve! —grita, desconsolada, una mujer. Felipe Escudero levanta el ataúd, se lo echa auestas, y lo lleva al carro fúnebre que lo trasladará al cementerio. Al fin y al cabo, ése es su trabajo.

—No se lo lleve —reclama la mujer, abrazándose al féretro, y mientras Escudero y los otros tres hombres del cortejo trasladan el cofre, arrastran con él a la mujer que, envolviéndolo en los brazos, no deja de gritar *No se lo lleve... por favor.*

Cuando Escudero levanta el ataúd y arranca a caminar, se oye un *crash*.

—¿Qué estaba haciendo ese vaso ahí debajo del cofre? —pregunta Felipe, mitad vergüenza por haberlo quebrado de una patada involuntaria, mitad rabia por haberlo quebrado de una patada involuntaria.

“Ahora me va a tocar pagar vaso”, piensa.

—Ay, señor, es para que el pobrecito pueda tomar agua en su camino al purgatorio —dice una abuelita compungida, y va y recoge los vidrios rotos, insultándolo mentalmente y recitando bajito oraciones elevadas a Jesús, mezcladas con vulgaridades elevadas

a Felipe, y buscando con la mirada otro vaso para poder ponerle agua *al pobrecito*.

Esa agua, después, la conservan durante toda la novena, y como el nivel del vaso se va bajando por efectos físicos de evaporación (biología, 5to elemental), los dolientes se tranquilizan y se regocijan diciendo: “Ve, y sí ha venido a tomar. Siempre es que tenía sed... quién sabe qué le habrá faltado en vida que quedó con sed después de muerto, el pobrecito”.

Como a un sapo

Cuatro horas antes, el muerto (el mismo que bajará luego a la novena a tomar agua), se encontraba en una mesa de preparación de cadáveres en la funeraria. Había llegado de medicina legal a las 9 de la mañana, abierto por el vientre: un hueco... más que un hueco una zanja, una brecha, casi una trinchera que empezaba en la pelvis y lo atravesaba hasta la garganta.

—Guantes.

—Aquí están.

—Delantal.

—Aquí.

—Gafas, tapabocas, gorro.

—Aquí tiene.

—Pinzas, tijeras, aguja inyectora.

—Todo listo.

Ella, la tanatopraxista, vestida de astronauta, desliza el bisturí a todo lo largo del cuerpo del cadáver —cortando la cabuya que lo tiene semicosido para evitar que en el traslado hasta la funeraria se desparrame y se riegue todo lo que hay por dentro—, y lo abre completamente en dos, como a un sapo de disección en el aula de un colegio. Después le raja el cráneo (por el lugar en donde uno se pondría una diadema), en

un corte aprendido que va de oreja a oreja y, como una máscara de las que usa Tom Cruise en *Misión Imposible*, retira la cara del cadáver, doblándola hacia abajo, de forma que lo que era la frente queda tocando el mentón y deja ver el cráneo pelado. Corta el cráneo, extrae el cerebro y rellena el hueco con algodón.

La visión de aquel al que denominamos “el muerto” es una visión que causa espanto. Ver a un cuerpo inerte, sin la vida que acostumbraba habitar en él, causa una impresión muy fuerte: es como asomarse al futuro, como echar un vistazo a lo que seremos algún día (ojalá no muy pronto). Alguien, entonces, nos rajará el cráneo y nos abrirá en dos, como a un sapo de disección en un aula de colegio, y nos sacará las tripas (un conjunto de tripas que al extraerlo impregna el salón con un olor fétido a cañería), y después de lavarlas y empaparlas en *Cavity*, un gel conservante, y después de inyectarnos con el líquido *Arterial* (ojalá no formol, para no correr el riesgo de quedar como un delfín, con trompa en vez de boca, por los efectos deformadores de ese agente fijador), nos volverá a meter las vísceras en la cavidad que custodiaban las costillas, pero ahora en desorden, como caigan ahí adentro, y meterá también el cerebro que nos había sacado ahí en el vientre, revuelto con el resto de órganos — porque todo tiene que estar adentro al momento de entregar el muerto para el entierro — y nos coserá con hilo grueso como cabuya y quedaremos inflados (porque, curiosamente, una vez que se sacan las tripas, no hay poder humano que las vuelva a hacer caber como cabían antes). Luego, ese mismo alguien nos lavará con desinfectante, nos vestirá con la ropa que NO escogimos, nos maquillará “con tonos suaves” para darnos un aspecto más *plácido*, y después, con la

ayuda de otro que nos tome por las piernas, ese alguien nos cargará por los hombros y nos depositará como si tal cosa dentro de la caja, cantando *Don pepito bandolero se metió dentr'un sombrero, el sombrero era de paja, se metió dentr'una caja...* Después cerrará el baúl, dirá “que pase el siguiente” y chao-que estés bien-hasta nunca-adiós. Un muerto más, una preparación más, cinco mil pesos más que pagan por cada muerto preparado y para la casa a comer papas-arroz-y-carne y a ver el noticiero, por si hubo enfrentamiento entre guerrillos y paracos, a ver a cuántos va a tocar preparar mañana.